

vezes en el dicho Monasterio de Santa Maria de Jesus, que venian à él muchas personas, así de esta Villa de Alcalá, como de otras partes, con algunas enfermedades, y dolores; y el dicho S. Diego, como los veía, moviase con grande amor, y caridad: y con el azeite de la lampara de nueftra Señora, hazia la señal de la Cruz sobre los enfermos, y comunmente los mas iban sanos. Segun este dicho, aprobado en la Sagrada Curia, para la Canonizacion de el Siervo de Dios; quantos ferian aqui sus milagros, aviendofido tan muchos los enfermos, que por virtud de la Cruz sanò? Mas à esta pregunta, ya responde nuestro V. y gravissimo Annalista, por estas formales palabras. La opinion de Santo, en que todos le tenían, y confirmaron muchos, y grandes prodigios. Los mas principales hazia valiendose de la señal de la Cruz: otras vezes con el azeite de la lampara, que ardia delante de la Imagen de Maria Santissima; mas vntando las llagas, ò las heridas, las sanaba de repente. Por otros modos tambien, especialmente por la oracion, sanò à muchos de varios generos de enfermedades. El diò pies à los coxos; vista à los ciegos; oido à los sordos; à los debiles, robustez; à los fatigados, descanso; y finalmente, à todos quantos enfermos venian à él, sanidad perfecta. Pero de tal manera, sanaba los cuerpos, que con mas cuydado les curaba las almas; de fuerte, que por medio del exterior medicamento, curaba todo el hombre. Hasta aqui Wadingo. Verdaderamente fue S. Diego en su Porteria vna oliva fructifera, y medicinal, plantada en el atrio de la Casa del Señor, para resplandecer, como Varon de indeficiente misericordia, con el azeite de su piedad.

Pero donde esta resplandeció para con los enfermos, mas que en todo lo dicho, fue en el caso, que se sigue.

Llegòse à la Porteria à buscar remedio en el Santo, entre otros enfermos, vn Estudiante seglar, pobre, y forastero, todo cubierto de vna lepra tan asquerosa, que haziendole horrible, y intratable à todos, le tenia en lo sumo del desconsuelo. Esta figura, empero, que en los demàs excitaba el horror, porque la miraban solo con los ojos de la naturaleza; en el corazon del Santo, que la contemplaba con la vista de la Fè; y registraba en ella à Christo Crucificado cubierto de llagas, como leproso: movió vn impetu de compasion tan grande, que sin poderse contener, se abrazò del paciente; y despues de averle dado obscuro de paz en el rostro, le dixo con dulcissimo afecto: No quere Dios, Hermano mio querido, que este tu mal se sane por milagro, sino poniendo los medios, y remedios naturales; para que con el exercicio de tu paciencia en la curacion, y sufrimiento resignado de tu mal, se purguen tus culpas, y te se aumenten los meritos: Mas no por esto te desconfues; que yo cuydarè de curarte con toda la blandura, y asistencia posible. En cumplimiento de esta palabra, entrò al Leproso en vn aposentillo de la Porteria, donde aviendole dispuesto cama, se encerraba con él à solas, y aplicandole por medicina la lengua, le lamia las llagas, para limpiarle la podre, y materias que con su corosion le tenían en vn desesperado martyrio. Así continuaba vn dia este tan heroico acto de misericordia, con la afnencia de interior consolacion, que se dexa discurrir quando, por aver dexado no bien cerrada la puerta (acaò porque el arrebatado del espiritu le tenia enagenado de si) entrò casualmente otro Religioso; y viendo al Santo en aquel acto de tan excelentissima caridad, se quedó atonito. Entònces el humilde Siervo de Dios,

Dios, cautelando la estimacion, en que podia quedar en el aprecio del Religioso, à vista de tan exemplar accion: le dixo. *Hermano; no esrañeis, por Dios, lo que me veis hazer; porque de este mal, esta es la medicina:* como dandole à entender, que aquello no lo exercitaba por especial acto de caridad, ò mortificacion; sino por aplicar vn natural remedio, como si fuera otro qualquier medicamento comun. Olconato de vna humildad heroica! Pensò San Diego disculpar con esta respuesta su misma caridad; con signal, y mayor eficacia, que quisiera la sobervia disculpar la culpa. Dos cosas grandes hizo la lengua de S. Diego en esta ocasion; vna, la misericordia de lamer la podre al leproso; otra, la disculpa, con que quiso encubrir del Religioso que le viò, esta misma misericordia. En lo primero, sujetò el horror de la naturaleza, al abrazo de lo que mas repugna; que es, la amargura de la lepra: en lo segundo, despegò la voluntad, de la gloria que mas abraza; que es, la dulzura de la propia estimacion. A quello, parece lo mas que puede hazer el hombre, para quebrantar la sensualidad del cuerpo: esto, lo mayor para contener en frenada, la ambicion del espiritu.

CAPITULO XV.

DE LAS OBRAS ESPIRITUALES DE MISERICORDIA DEL SANTO PORTERO; RESPLANDECE CON SINGULAR ADMIRACION DE LOS DOCTOS EL DON DE SU CIENCIA INFUSA: Y REFUTA SE CON ESTA OCASION VN PERNICIOSO ERROR DE MOLINOS.

Contar se pueden eternamente, para alabanza del Señor, *Misericordador*, y *Misericordioso*, las Misericordias de San Diego, segun la grande multitud de sus miseraciones en la Porteria. En el Capitulo pasado vimos los prodigios de las Obras de Parte VI.

Misericordia *Corporales*; llamadas así, por aliviar miserias del cuerpo: en este, y el que se sigue, verèmos las maravillas, de las que se llaman *Espirituales*, por focorrer las necesidades del alma. Y graduandolas, para proceder con orden, segun el texto del Catecismo Christiano: quanto à la primera, que es; *Enseñar al que no sabe*: descubrió San Diego en su espiritu, el mysterioso abrazo de la *Misericordia*; y la *Verdad*; porque à los pobres, ignorantes de los Articulos de la Fè, y demàs oraciones, y obligaciones Christianas; se las enseñaba, con la dulcissima benignidad, y paciencia, que le sugeria la Caridad; y la Misericordia: y con la distincion, y claridad, que le dictaba la luz Celestial, y comunicada à su alma, en el Don de la ciencia infusa.

A la fama de esta concurrían, no ya solos los ignorantes de la Doctrina Christiana; sino los Theologos, y Maestros de otras Ciencias; proponiendole todos, como à Superior Oraculo, sus dudas; para hallar en sus respuestas las soluciones, que no encontraban en los Libros, ni otros Maestros. En estos casos el humilde Siervo de Dios, sacrificando la humildad à la misericordia, dezia lo que entendia; y siempre entendia, lo que de las dificultades era real, y legitima solucion. A esto alude lo que le canta la Iglesia en su Oficio, quando dize: *Que instruido Divinamente en la Escuela de la Oracion, proferia maravillosos conceptos de las cosas Celestiales.*

El Maestro Luis de Cuenca, que fue vno de los que experimentaron este prodigio, le depuso con juramento en la Informacion hecha por autoridad del Ordinario, despues de la muerte de el Santo, diziendo: Que sabia que San Diego era Frayle Lego, y sin letrado; mas quando le oia hablar en las cosas de Dios N. S. era admirado de su entendimiento, y saber... Y que en su vi-

da nunca le rogó cosa que pidiese por él a N. Señor, así de su alma, como del mundo, que no la alcanzase, y quedase él con mucha consolación: Y que particularmente accacia esto en las dudas de la Ciencia, en que no podía hallar determinación; que la hallaba en él, tan cierta, y clara, que nunca en Salamanca, ni en Paris, ni en otras Universidades, a donde estuvo, halló Doctor, que tanto a su voluntad, y entendimiento satisficiera. De esta Ciencia, pues, víaba el Santo, no para la ostentación, sino para la edificación: no para la curiosidad, sino para la utilidad: no para la arrogancia, sino para la misericordia; por esto, en él la Ciencia fue luz, que no humeó altivezes de Docto; sino que espació resplandores de sabio.

Viendo aora, quanto contribuia S. Diego con el maravilloso Don de su Ciencia a la de los Doctos, y Maestros, desatándoles las dudas, que padecian en ellas; a fin de exercitarse por este medio en la Misericordia: me ha parecido oportuna ocasión, para constituirle Protector, y Abogado de los Doctos, y Theologos virtuosos; impugnando, a vista de su exemplo, la impia, temeraria, y escandalosa nota, con que los dexó, malquistados, entre los ignorantes, la Proposición 64. de las condenadas, de Molinos. Esta dize así: *El Theologo tiene menos disposición, que el simple, para ser contemplativo*: Lo primero; porque no tiene la Fè tan pura: Lo segundo; porque no es tan humilde: Lo tercero; porque no cuida tanto de su salvación: Lo quarto; porque tiene la cabeza llena de fantasías, especies, opiniones, especulaciones, y no puede entrarle la verdadera luz. Y dado que para detenerme, sin embarazo de la Historia; a la impugnación de tan perjudicial deliramiento, no fuera bastante apoyo el exemplar gravissimo de Baronio, que así lo practica en sus Annales, quando por ocasión de lo historiado,

se le ofrece refutar algun error de los Hereges: sobra, para justificar mi resolución, ver las muertes, que en los Hijos de la Iglesia Santa causa el veneno propinado por los Molinistas, en valo de doradas apariencias, a las libertades del apertito. No parece, pues, razonable, ni aun ay corazon para sufrir, que tengamos a los oidos los gritos de nuestra afligida Madre la Iglesia; y a los ojos los estragos, que motivan su dolor; y que todos los que nos preciamos de Fieles Catholicos Hijos suyos, no trabajemos en enjugar sus lagrimas, cooperando con todas las fuerças del zelo, al exterminio de tan grave daño; cada vno por aquel camino, que le venga la oportunidad. Y pues a mí me viene; para impugnar la Proposición notada, por el exemplar de San Diego, viendole cooperar con sus infusas noticias, a las adquisitas de los Doctores; hiziera notable esculpido de mi silencio, y quedara arrepentido de aver callado en tan importante materia.

Dize, pues, Molinos en la referida Proposición, que el Theologo tiene menos disposición, que el simple, para ser contemplativo: Cuyo error aunque distena mucho a la piedad, por lo que pronuncia; haze aun mas difonancia, por lo que maquina. Esto viene a ser; infamar el estudio de las Ciencias; y en especial, el de la Sagrada Theologia, para quitar, por esse medio de las manos de los Catholicos las armas de la luz, con las quales, y por las quales puedan ser comprehendidas las tinieblas de sus aboninaciones. Maxima comun es esta de la heretical astucia, y de todos aquellos, que levantan vanderas de nuevos errores contra las verdades de la Santa Fè Catholica. A que fin, sino a este, miró el ojo no recto de el impiissimo, y nefando Mahoma, quando en su Ley dexó cerrada la puerta a toda disputa? Y el

in:

Videatur no
Ber Castro
adversus
Heras. P.
Scientia.

infeliz abominable Lutero; por ventura miraba azia otra parte (aunque siempre torcidamente) quando malquisto las ciencias con el audaz dicerio, de que todas eran errores? Desfengauense los simples, que no vienen con señas muy de Cielo, doctrina que busca escondrijo. La verdad, y la luz siempre se hermanaron mucho: la mentira, y las tinieblas, siempre fueron amigas. Aborrecen al dia con averfion notable, los paxaros de mal agüero; porque solo en la tenebrosidad de la noche hazen su negocio. Qué se le diera al Molinista, que el Theologo estuviera mas bien dispuesto, que el simple para la contemplación Divina; si la Theologia no le descubriera sus lazos, y desmarañara sus enredos! Pero si con esta luz los descubre; si con este cuchillo los corta: como no ha de estar menos dispuesto para la contemplación el Theologo, que el simple? Lo que yo creo, y confieso es, que mas bien dispuestos estan los simples, que los Theologos, para que los tengan a su contemplación los Molinistas:

Joan. 3. v.
20.

Oygan estos, si tienen orejas de oír, lo que les dize la Suma Verdad por esencia N. S. Jesu Christo: *Omnis, qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem, et non arguantur opera eius. Qui autem facit veritatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera eius; quia in Deo sunt facta*. Todo aquel, que obra mal, aborrece la luz, y no quiere venir a la luz, para que no se le descubra la malicia de sus obras: aquel, empero, que anda en verdad, gustosamente viene a la luz, para que por ella sea manifesto, como sus obras, van hechas en Dios. Procura, enfin, el Herege con todas las maquinas de su astucia, desviar al Catholico de la luz sagrada de la Theologia, malquiltando el estudio de ella, para que por el obscuro campo de la ignorancia,

Parté VI.

pueda correr mas libre el error, azia los torpes fines de su malicia. Pero dexando por aora lo rebuelto, y solapado de la intencion, y viniendo a lo formal, y expreso de la Proposición condenada; con todas sus partes: quien no echa de ver, como la piedad Catholica, al punto que la oye, se tapa las orejas, horribizada toda, solo con el mal sonido de sus palabras? Si el Theologo tiene menos disposición que el simple para la contemplación Divina; si no está en él la fee tan pura; si no tiene tanta humildad; si no cuida tanto de su salvación; si no puede entrarle la verdadera luz: pregunto; qué entendimiento avrá de Catholico; por más rudo, y embotado que sea, que al punto no redarguya: luego los grandes Doctores de la Iglesia, así Griegos, como Latinos; los Damascenos, los Chrystosomos, los Naziancenos, los Basilios, los Geronimos, Ambrosios, Agustinos, Gregorios, Buenaventuras, Tomases, y todos aquellos Santos Padres, que Dios dexó en el Cielo de su Iglesia, para luminaires mayores de ella, llenos del espíritu de ciencia; y sabiduria: todos estos, pues (si hemos de estar al dicho de la doctrina Molinista) no tuvieron tanta disposición para la contemplación, como el simple; ni fueron tan humildes; como el simple; ni estuvo en ellos la fee tan pura; como en el simple; ni cuidaron tanto de su salvación, como el simple: ni les entró la verdadera luz como al simple. Cierro, que aun siendo tan maliciosa, está llena de simpleza la Proposición.

Mas para que su falsedad quede llenamente convencida, y el artificio de su astucia mas parentemente desbaratado, desmenuzaremos la misma Proposición, diviendola en partes, como quien la haze pedazos. Dize primeramente: *Que el Theologo no tiene la fee tan pura, como el simple*. Si quiere

li. 3. de.

dezir en esto, que la tiene mezclada con las dudas, ò errores de las ciencias; haze vn ovillo de implicaciones: lo primero, porque la ciencia no es duda, ni error; argumento, que apretò nuestro Castro contra Luthero en esta materia. Lo segundo, porque el error, y la duda no solo manchan la pureza, sino que destruyen la esencia de la misma fee: con que no dexan fee con que mezclarse. Pero si quiere significar el Molinista, que el conocimiento natural, adquirido por la ciencia, se mezcla para el assenso con el motivo de la fee; se engaña, ò de ignorante, ò de malicioso; porque debe saber, que el Theologo, para dar el oido à la fee, mientras esta le habla en sus Mysterios; haze que la voluntad mande callar à la razon: ò si le habla, no la atiende. Aquellos Mysterios, pues, que Dios le dize, y la Iglesia le propone, creelos el Theologo, no por lo que de ellos alcanza à ver con los ojos que le puso la naturaleza, ò la ciencia en el entendimiento: sino por lo que oye al mismo Dios, que los testifica. Así creyeron, no solo los mas eminentes, y sabios Doctores de la Iglesia: sino tambien la misma Madre de la Fè, y de la Sabiduria, Maria Santissima Señora nuestra, en quien la plenitud de la ciencia, que la adornò desde su primer instante, para que fuese Madre del conocimiento hermoso, no se embarazò con la plenitud de aquella Fè, que la hizo Madre de los creyentes. *Bienaventurada porque creyò.*

Antes, examinado bien este punto, viene à quedar en el Theologo, mas puro, y acendrado que en el simple, el assenso de la Fè; porque el simple, para este obsequio del entendimiento; ò no tendrá ojos que cegar, por faltarle del todo los discursos, que subministran las ciencias; ò si los tuviese, no sabrà cegarlos, para que así ciegos, y cautivos, reciban me-

zor aquella sola, y pura vista, que embuelta en rayo de hermosa tiniebla, la misma Fè le baxa del Cielo. El simple, pues, como estéril, y infecundo de los partos, que en el Theologo fueren engendrar la ciencia, y el entendimiento, tiene nada, ò no tiene tanto, que sacrificar, para calificación de su fineza, en creer lo que Dios le manda: El Theologo, empero, como tiene por hijo de su fecundidad en la ciencia al dictamen de su propio juicio, à quien fuele amar como al Isaac de su alma; deguellale del todo, y le sacrifica en el altar de la Fè, para darla el entendimiento, y la voluntad con el obsequio de la mayor fineza.

No es menos temeraria, por lo absoluto, la segunda prueba, que ofrece Molinos, para convencer el principal defvario, diciendo, que *por ser el Theologo menos humilde que el simple*, no está aquel tan dispuesto como este, para ser contemplativo. No podemos negar, antes confesamos, que la verdadera humildad es apertísima, y altísima disposición para la contemplación Divina: porque ciertamente à la humildad de los parvulos, dexò vinculada la Sabiduria de Dios, la revelación de sus secretos. Pero que la Theologia sea obice para esta humildad, de modo que convenga que se disminuya lo Theologo; para que crezca lo humilde: quien lo ha dicho hasta ahora, sino aquellos, que ignoraron igualmente la humildad, y la Theologia? No quiero redarguir este error con el exemplo real de casi infinitos Santos, en quienes todavia no sabemos, qual de los dos abyfmos de *Humildad, y Sabiduria*; que formaron en sus almas el estudio, y el conocimiento propio: era el mas profundo. Valgame solo de la razon mirando desnudamente, y desatada del abuso de los hombres, la naturaleza de las cosas.

En

En esta consideración, pareceme la Theologia Sagrada, vna singular antorcha; nada diferente de aquella Estrella, que se formò en el Cielo, para llevar en busca del Rey Inmortal, y descubrir sus Perfecciones, y Magestrad, à los Magos; que eran los Sabios de aquellos siglos. Estos al punto que por la Estrella descubrieron el objeto de sus ansias, postrados en tierra le adoraron, y confesaron por Dios verdadero; hasta sacrificarle, en protesta humilde de su fee, veneracion, y amor, los dones de sus Tesoros. Pareceme, pues, à esta singular, y mysteriosa Estrella, la Sagrada Theologia: por que quien ha dudado jamás, que se formaron sus rayos en el Cielo de la Iglesia, para que los mismos Sabios, à quienes alumbra, vayan leguramente en busca del Supremo Rey, por el camino, que los devia de las astucias dolosas de sus enemigos? Quando con esta luz llegan à descubrir el Divino Ser, que buscan; que haze la Sagrada Estrella, sino parar en su termino; manifestando con el lleno de su esplendor (en la parte que permite el estado de esta vida) aquel Abyfmo de perfecciones, que se encierra en el mismo Dios? Con esta vista, los Sabios caen postrados en tierra, hasta dar de ojos, con el conocimiento de si mismos, y con las Coronas de su Sabiduria, en el centro de la nada; porque en esta luz, no pueden menos de confesar, que toda la grandeza de las Gentes, es aun menos que vn atomo indivisible; ò que *las mismas Gentes, en presencia de la Magestrad interminable, son como sus fuefesen*, segun la frase del Santo Profeta. De aqui, vltimamente, resulta; que abriendo todos los tesoros del alma, se los sacrifican al Divino Objeto, que adoran; quedando, aun en la misma ofrenda, con nuevo motivo de humillacion, para volver à adorar: porque saben bien, que los dones que tribu-

tan, en testimonio, y por materia de su adoracion, no les pudieron venir de lo baxo de la nada, de donde nada bueno sale; sino de lo alto de la misma Bondad Divina, en que tienen fixos los ojos, y de donde todo Dòn perfecto descende.

Si la Theologia, pues, que es la sabiduria verdadera, nos lleva à la humildad, y à la contemplacion: como ha de ser ella, ni para la contemplacion, ni para la humildad menor disposicion que la simpleza? Salvo si quiere Molinos que le entendamos (y claro está que lo quiere) de aquel *embebecimiento perjudicial*, à que puso por nombre *contemplacion*: que para dar en tan *tenebroso caos*, no podemos dudar, ser mas à proposito la simpleza de la ignorancia, que para dar en la Theologia. Dixe *tenebroso caos*: porque es dogma detestable suyo, que en lo que llama *contemplacion*, ha de quedar el alma perlatica; quiero decir, sin vista, ni movimiento en sus dos mas nobles Potencias, Entendimiento, y Voluntad; de modo que la Voluntad ha de estarse mano sobremano, sentada en vna ociosidad poltrona: y el Entendimiento, tapados los ojos, y atado à vn pernicioso embeleso; con la ley, de que se niegue à todo conocimiento, por mas santo, y Divino que sea: de donde resulta (y es el vltimo fin de toda su torpe doctrina) que, como la razon nada bueno piensa; le queda al hombre animal, insipiente como el jumento, mas libre, y desembarazado el pensamiento del gusto en el pefebre del apetito.

El tercer defvario, que Molinos arrima al principal; mas para darle bulto, que fuerças: dize. *Que el Theologo no cuida tanto de su salvacion, como el simple*. Es este defatino tan descabellado, que ni aun tiene aquellas sutiles apariencias, de que suelen asirse los deslumbrados, para mantener sus fan-

ta.

tasias; y así, ni aun para impugnarle, merece que se le atienda. Lo cierto, es lo que sabemos del Evangelio; que al Escriba Docto, que entendió comprensivamente el principal precepto de la Ley Christiana en el amor de Dios, y del proximo: le dixo el Maestro Divino: *que no estaba lexos de el Reyno de Dios.* En consecuencia de esto mismo, consta del Evangelio tambien, que los Siervos de mas talentos, fueron los que mejor negociaron: y que, el que se perdió, solo fue el de menor talento.

El último deslumbramiento, que, en vez de ilustrar, haze mas tenebrosa à la Conclusion principal: es, *Que al Theologo no puede entrarle la luz verdadera, por tener preocupado el entendimiento con especies, y noticias de la Theologia, y otras Ciencias.* Con esto, en vna palabra, à todos los Santos doctos, y à todos los doctos, que quisieren ser Santos; los dexa (si así se puede dezir) à buenas noches, en el verdadero conocimiento de Dios. No vé Molinos que las Antorchas, que alumbran al Templo, no sirven de embarazo al Sol, para que le bañe todo, y le ilumine con los resplandores de su luz? No sabe que al Cielo, aunque resplandezcan en él como Estrellas, y como Soles los Bienaventurados; todavia le sobreilumina incomparablemente la claridad de Dios, y el Cordero, que es su luzerna? Las luces, pues, de las Ciencias; en especial las especies de la Theologia Sagrada, que como Antorchas alumbran al alma, Templo, y Cielo de Dios vivo; mientras no las abusa el alvedrio, no impiden que las sobreillumine la verdadera luz de la Fé, ni el soberano Sol de la Divina inteligencia.

Enmudezca, pues, la voz de tan impia, y tan mal sonante Doctrina; y mejor instruida con el exemplar de nuestro San Diego; Theologo Celestial,

publique; que la Theologia Sagrada es digna de todo honor; y que el esplendor de su luz, no solo no embaraza, ni ofusca la vista del alma, para recibir soberanas iluminaciones; sino que antes dispone para ellas: Y alumbraba al mismo tiempo à los ignorantes, para que no se estén de asiento en las tinieblas del ocio, ni en las sombras de la muerte; y para que asegurados de estos peligros, caminen à su último fin, por los caminos Reales, y sendas derechas de la justicia, y de la paz.

CAPITULO XVI.

PROSIGVEN LAS OBRAS ESPIRITIVAS de Misericordia de San Diego en la Porteria: Llorar con los pobres, para consolarlos: y solicitar sus oraciones à compaña las Animas del Purgatorio.

Continuando el Portero Santo los ejercicios de su Misericordia; desde la enseñanza, hazia passo para el consejo: con aquella alumbraba las tinieblas del entendimiento: con este, dirigia los caminos de la voluntad. *Daba consejos saludables à los que los avian de menester:* y los daba; no solo quando los pedia el necesitado: sino tambien, y mas principalmente, quando enmudeciendo el necesitado, los pedia la necesidad. Por esta razon, à los que conocia poseidos de algunos vicios, los aconsejaba como medicina efficacissima, para arrancarlos de raiz, la frecuencia de los Santos Sacramentos de Confesion, y Comunión. Y quanto à la Confesion General, aconsejaba à todos los que se resolvian à entrar en el camino de la virtud con vna total mudanza de vida; y à los que, por la implicacion de costumbres, y dependencias peligrosas, tenían enmarañadas las conciencias. Para facilitar los efectos de estos con-

se-

sejos, ayudaba à los miserables contodos los medios posibles. Pontales delante de los ojos pintada con muy vivos, y propios colores; de vna parte, la horrible monstruosidad del pecado, y de los vicios; y de otra, la Celestial hermosura de la Gracia, y de las virtudes: Ponderables la vida desaftrada de los viciosos, llena de mil amarguras, inquietudes, y sustos; y por el opuesto, la tranquilidad de los virtuosos, bañados en dulzuras de paz, y interiores consolaciones. Finalmente les demostraba la terribilidad de la muerte, y del juizio de los pecadores, en que, si con tiempo no se refugiaban à la penitencia, saldrian condenados à las eternas llamas; y la suavidad de los Justos, en vno, y otro lance; asegurados, para el de la muerte, en el testimonio de su conciencia; y favorecidos en el del juizio con la bendicion de dulzura del Hijo de Dios, que les pondrà en posesion pacifica de las delectaciones de su diestra, colocados en el gozo, y tabernaculos de la Gloria. Con la contraposicion de estos motivos, se lograban en vn sin numero de pecadores los consejos del caritativo Siervo de Dios, llevandolos al cumplimiento de la Ley Christiana, ya por el temor, y fuga del mal; ya por el deseo, y esperanza del bien.

A los que movidos de su eficaz persuasiva, y santos consejos, resolvian confesarse; despues de facilitarles con su instruccion el examen, y claridad de las conciencias, les buscaba Confesores à propósito, para que hiziesen su confesion, y restituídos à la gracia, gozassen el infinito tesoro de los meritos de Christo, depositados en los Santos Sacramentos. Hablando de los mendigos, especialmente, dize Roxo: *Llamaba Confesores. S. Diego, con quien confessassen sus culpas: persuadiales à que hiziesen Confesiones Generales: y con el cebo de darles de comer, so-*

Roxo ff. *Ror. de S. Diego, con quien confessassen sus culpas: persuadiales à que hiziesen Confesiones Generales: y con el cebo de darles de comer, so-*

licitaba, que ninguno se fuesse sin confesar. Si para el remedio de los endurcidos en el mal, no bastaba la blandura del ruego, ni del consejo, les aplicaba la correccion: pero con manejo tan suave, que curaba las heridas casi sin que se sintiesse la mano. *Corregia* (dize Fray Gonzalo de Oviedo) *con vna simplicidad mas dulce que nunca se vió.* No irritaba las llagas; porque no se irritaba con los pacientes. Conocian estos, que la correccion nacia en el Santo, no (como en muchos) de la hiel de la impaciencia: sino (como en pocos) de las entrañas de la caridad. Con esto rara vez se le bolvieron al seno vacias las palabras de la correccion, y casi siempre logró con felicidad los frutos de esta misericordia.

En la de *perdonar sus injurias*, no tuvo que hazer mientras que fue Portero; porque ni se lee que entonces le hiziesen algunas, ni quando se las hiziesen, era su caridad, y humildad de condicion que se llegaron jamás à persuadir huviesse en el mundo, quien pudiesse injuriale: Mas ya que no exerció la misericordia perdonando injurias; exercitola sobreexcelentemente en el tribunal de su juizio perdonando culpas; de modo, que sentia de todos sus proximos tan bien, que de nadie juzgó mal, sin aver fuerças que le persuadiesen lo contrario; sino quando la luz Divina, ò la misma confesion de los culpados, le manifestaban los males, para el remedio. En esta gracia de juzgar en misericordia à sus proximos, y de no ofenderlos, no solo en obras, pero ni en palabras; fue tan singular, que los que le conocieron, la ponderan como vna de sus mas principales excelencias. El V. Fray Juan de Pe-

ñalver dize cerca de este punto: Era

San Diego tan limpio de corazon,

que jamas de nadie juzgó mal; ni le

oyeron dezir palabra contra alguna

persona, aunque oyesse dezir mal

de

de ella; mas todo lo echaba à buena parte. El Padre Medina concluyendo en lo mismo, añade: Tenia otra virtud muy grande; y era, que de ninguna cosa que viesse, dezia mal, aunque le provocassen à ello. Y finalmente, Fray Luis de Cuenca, concluye diziendo: Iren, tenia San Diego vna virtud, que era mucho de notar, y no menos de loar; es à saber, que ninguna cosa que viesse juzgaba à mal: mas todo à bien, y à la mejor parte. Como en Dios nada descubre el entendimiento, sino perfecciones; sentir de Dios en bondad, es justicia: pero como en los hombres nada fuele tocar mas frecuentementela vista, que deslizes de la humana miseria: sentir de todos, y de todo en bondad, es mucha bondad. Mas esto era lo que hazia en San Diego, no lo incauto de la imprudencia, sino lo primoroso de la misericordia.

En la de *consolar al triste*, hablan del Santo los Testigos de su Proceso con iguales ponderaciones. Uno dize: Nunca vi persona en mi vida en la Orden, ni fuera de ella, que así consolasse mi alma, y la remediasse, y tales consejos me diesse, como este Siervo de Dios. Otro dize: La conversacion de este Santo sobrepujaba à la de todos los otros hombres; y siempre me pareció, que en todo lo que hablaba tenia gracia de N. Señor de consolar las almas con su palabra. Otro dize: Consolaba S. Diego à los afligidos con mejores palabras, y consejos, que ninguno otro Religioso, aunque fuesse letrado. Pero el que sobre todos califica esta misericordia del Siervo de Dios, es el Reverendísimo P. Fray Alonso de Santa María, del Orden esclarecido de N. P. Santo Domingo; cuyas palabras, escritas, y autorizadas en el Proceso de las virtudes, y milagros de N. San

Diego, son las que se siguen: Como ci al Bienaventurado S. Diego, y era hombre de gran fee, y humildad; las quales virtudes nunca vi en otro con tanta perfeccion: y à todos en general era tan caritativo, que era cosa maravillosa. Hallame muchas vezes con el Siervo de Dios, estando yo malo de muy grande dolor de hijada: y con su visitacion, y muy dulces palabras, hallavame luego consolado, y sano, sin dolor alguno: y principalmente, me sentia libre de las pasiones, y tristezas interiores, que muchas vezes me venian. Y el dicho Santo me daba muchas vezes de comer; y hazialo con tanto amor, y caridad, que hallaba yo sabor en aquel manjar, que me daba, como de cosa Celestial. Hasta aqui este devoto, y R. P.

Al fin, en esta materia llegó la misericordia de S. Diego à tan alto punto, que hiriendo de lleno en su corazon las aflicciones de los pobres, y miserables, le facaban lagrimas à los ojos, quando por otro medio no podia serles de alivio. Lloraba con ellos entonces, desatando de sus ojos dos copiosos raudales, que corriendo impetuosamente por las mexillas, regaban la tierra: Nacian de este riego, las mas vezes, flores, y frutos de consolacion, para los necesitados; porque el consuelo, que no hallaban en las manos del Santo, remediando efectivamente la necesidad, y hallabanle en sus ojos, viendole verter por ellos la compasion afectuosa de su corazon, liquidado en lagrimas. Con los pobres, principalmente, quando le faltaba limosna que darles, era donde los raudales de esta misericordia se derramaban mas. Para dezir la verdad en este punto con la ingenuidad de la Historia, y sin tocar los terminos del hyperbole, daré aqui traducida à la letra la Antifona, que en memoria del espiri

tu
tu
tu
tu

tu de caridad, y misericordia, con que amaba el Santo à los pobres; se canta todos los dias despues de Vísperas en su Convento de Alcalà. Las palabras son estas: Ardía el Bienaventurado S. Diego en tanto amor para con los pobres de Christo, que quando no podia aliviar sus calamidades, à medida del deseo, derramando vn impetuoso raudal de lagrimas, mas, los consolaba con palabras dulcíssimas.

Aquellos rigidos Filósofos, que por hazer à los hombres Heroes, los transformaban en fieras, excluyendo del hermoso Choro de las virtudes la ternura de la misericordia: huvieran condenado sin duda en el juicio de su Filosofía, mas que al llanto de Heraclito, à estas lagrimas de S. Diego. Dizen estos con mas presuncion, que verdad: que es la mitad miserable, quien es todo tierno; porque el de esta condicion, se sujeta à vna debilidad de corazon apasionada, que por natural simpatia, apprehendiendo como propia, la desgracia agena, padece con el que padece, y llora con el que llora. Pero si es humanidad esta ternura; si es el fello, con que el corazon autoriza su racionalidad: diganme, por qué no ha de ser laudable? por qué no ha de ser virtud, quando se exercita racionalmente en la compasion de la miseria agena? Las lagrimas de Agefilao, por la mortandad de los enemigos, à manos de su victorioso Exercito; alabadas fueron de muchos sabios, en cuya opinion mas gloria le dió la misericordia, que la victoria. Y quien duda, que el mayor consuelo del afligido fuele ser la compasion de el amigo, cargando sobre el corazon el peso de la pena? Luego es engaño pensar dos cosas: vna, que sea miseria la ternura de la misericordia, quando antes bien es pitima, y cordial de las miserias: y otra, que las lagrimas

que derrama la compasion, no puedan traer su origen de la fuente de la virtud. Esto es mirando este efecto à sola la luz de la razon natural; que mirado à la de la fee, preciso es que haga enmudecer las cabilaciones de los Sofistas; poniendo à los ojos en apoyo, y gloria de las lagrimas de San Diego, las repetidas lagrimas de Jesu Christo, y la doctrina de su Apotol: *Flere cum flentibus, llorar con los que lloran.* Lloró Christo con llanto vehemente en la muerte de su amigo Lazaro; y el agua de sus ojos descubrió à los circunstantes la fuente, y la Imagen de su amor: *Ecce quomodo amabat eum.* Lloró tambien S. Diego con sus pobres; y del cristalino raudal de sus lagrimas se forma vn clarissimo espejo, en que se retrata al vivo la Imagen de su caridad: sobre cuyo corazon pudiera ponerse por lemma las mismas palabras: *Ecce quomodo amabat pauperes: mirad, y admirad con que afecto amaba à los pobres.* Lloraba, pues, S. Diego con ellos, quando no tenia que darles; y lloraba tan virtuosa, y milagrosamente, que con el pan de sus lagrimas, suplía el de sus limosnas, dexandolos mas satisfechos, y confortados con el agua de su llanto, que pudiera con la refleccion de el material sustento.

Passando à la víctima de las Obras espirituales de Misericordia, que es, *regar à Dios, por vivos, y muertos* (porque quanto à sufrir S. Diego con paciencia las flaquezas de los proximos, facilmente se colige de lo dicho, lo que haria) applicabo por vnos, y otros fervorosas oraciones, y piadosos suffragios, no sin prodigiosos efectos. Por los pecadores era su oracion continua, solicitandoles luzes, y auxilios de el Cielo, para salir del infeliz estado de la culpa. Fuera de esto pedia al Señor, para sus proximos todos aquellos bienes, que pudieran aprovecharles sien-

do tal el efecto de estas oraciones, qual se dexa discurrir por lo que dize de si el grave Maestro Luis de Cuenca, por estas formales palabras: *Quando el Siervo de Dios vivia, nunca le rogué cosa que pidiese por mi à N. Señor, así de mi alma, como del mundo, que no la alcanzasse, y quedasse con mucha consolacion. Lo mismo testificarian infinitos otros, si se les tomasse el dicho; pues es cierto, como dize la Chronica antigua, que en los últimos años, y dias de su vida, por sus muchas virtudes del Siervo de Dios N. Señor, vistas, y conocidas de todos; así los pequeños, como los grandes, y nobles le tenían por Santo; y Santo le nombraban, y como à Santo le acataban; y con tanta fe le pedian la ayuda de sus oraciones en sus necesidades, y trabajos, como à gran Siervo, y amigo de Dios. Por todos, pues, oraba el Santo, para que fuesen salvos; y para que la Divina Bondad les concediesse las gracias en esta vida, que conduxesien mas à la eterna.*

Finalmente coronaba su misericordia con la excelentísima commiseración, que tenia, de las benditas Animas del Purgatorio; porque como la luz de la Fè citaba en él tan viva; y con esta viveza descubria las casi inmensas penas, que en la carcel de el Purgatorio padecian las benditas Animas: les solicitaba el remedio con todas las oraciones, y suffragios posibles. Quando alguno moria sin Sacramentos, era profundísimo su desconuelo; y à esta medida le multiplicaba focorros, aumentando grandemente à esse fin sus exercicios penales. Quando sabia que alguno así moria (dize el V. Peñalver) atormentabase mucho, dando en si muchas disciplinas, y orando con los brazos en Cruz, y con muchas oraciones.

De quanto alivio servian estas à las benditas Animas, lo dieron à entender ellas mismas en el successo siguiente. Despues de tocar el Santo la primera campana de Prima, antes del amanecer (que en nuestra Religion se dize *tocar à la pelle*; y es cargo de los Porteros) tenia de costumbre, para suffragio de las Animas, ir echando agua bendita con el Cetre, ó Calderillo della, por todas las sepulturas de la Iglesia, y del entiero de los Frayles. Pues como vna mañana estuviessse exercitando con mas crecido fervor de piedad esta obra de misericordia: succedió, que abiertos de repente los sepulcros, salieron de ellos los difuntos, cuyos cuerpos estaban allí, y cuyas almas aun estaban padeciendo en el Purgatorio. Así descubiertos, comenzaron à clamar al Santo, solicitando cada vno, como à porfia, ser el primero, à quien tocasse el refrigerio del agua bendita: la qual pedian con ansia, diciendo, *à mi Padre Santo, à mi, à mi* al modo que suele clamar impetuosamente la turba de pobres al que reparte limosna, quando juzgan que no ha de alcanzar à todos. Roció, pues, el Siervo de Dios à toda prisa à los difuntos con el agua bendita, para templarles con ella el ardor del fuego; y aviendole dado gracias ellos por este tan gran alivio, se bolvieron à los sepulcros. Con este assombroso caso quedó el Santo grandemente conñarmado en la misericordia de rogar à Dios por los difuntos; y en la virtud del agua bendita, para alivio de sus penas. En la muerte de Jesu Christo, en que tambien el agua bendita de su lado derecho regó la tierra, se levantaron de los sepulcros los muertos, testificando la gloria de la resurreccion; y confessandole por Santo, à quien no tocó la corrupcion del sepulcro. Levantanse tambien los muertos, quando San Diego rocia la tierra con el agua

agua bendita, representacion de la del costado del Redemptor; y confessando Santo al Siervo de Dios, aun antes de su muerte, dexan no leve esperanza de que despues de ella tampoco le tocarà la corrupcion de la sepultura. Así succedió, no sin assombro de la naturaleza; y así lo referiré adelante, con otras innumerables maravillas, y privilegios de la Gracia.

CAPITULO XVII.
DE LA HEROTCA PACIENCIA DE
San Diego: Última enfermedad, y sus
prodigiosas circunstancias hasta
su preciosa muerte.

Toda la vida del hombre, si bien se mira, desde la cuna à la sepultura, no es mas que un continuado exercicio de paciencia. Apenas nace de muger en la milicia, ó tentacion de esta vida, quando por el quotidiano defecto de la corrupcion, se traslada al tumulto de vna prolixa muerte: lleno de muchas miserias, y cercado de batallas. Por à fuera pugnas; y por à dentro temores. A esta causa, el justo que desea poseer su alma con la paciencia, tiene que sufrir, y llevar en paz muchas cosas. Tiene primeramente que llevarle à si mismo; porque desde el punto, que por la culpa le hizo contrario à Dios; por el cuerpo, y pasiones de la mortalidad se hizo grave, y pesado para si. Tiene que llevar al mundo; cuyos dichos, no suelen ser menos pesados, que sus hechos. Tiene que llevar al demonio, que siguiendo a todas partes, como necio porfiado; no es cosa que pesa poco. Tiene tambien que llevar al mismo Dios; cuya mano suele agravarse amorosamente, para prueba, y correccion, sobre los que mas ama; y es harto pesada (como en Job se descubrió) aun quando solo toca. Siendo, pues, la carga, y sufrimiento de todas estas cosas inef-

Parte VI.

cusable, es la paciencia sumamente necesaria, para hazer con el arte, que ella dicta; de la necesidad virtud; de los males, bienes; de las espinas, flores; de la amargura, dulzura; de las puntas, coronas; y de la miseria, felicidad. De este arte fue la paciencia de S. Diego toda su vida, hasta que perficionó su obra con la preciosidad de su muerte; y así, en medio de todos los males, y miserias que affligieron su cuerpo, se deleyó su espíritu en abundancia, y multitud de paz. De los quebrantos, y persecuciones que mas particularmente dieron lustre à su paciencia, por lo fuerte del exercicio; tenemos referido mucho en lo que padeció arribulado; de los Barbaros, en las Islas de Canarias; de los Demonios, en la Cueva de la Salzeda; y de las rebeldias de la carne, en su convento de Alcalá: con que solo falta que dezir el heroyco sufrimiento de sus dolores en la última enfermedad; y vna notable prueba de su virtud, que entre los Historiadores solo Cetina la escribe, con nombre de persecucion; y que por no señalar este Autor, ni el quando, ni el donde succedió; la he reservado para este Capitulo. Las formales palabras con que la refiere, sin mudarlas en un apice, son las que le siguen. Gustó S. Diego persecuciones del proximo; que no faltó, quien no padiendo sufrir sus reprehensiones, y correcciones fraternas, con que le afeaba sus vicios, y les persuadia à la virtud; le murmuraban, quanto dezia, y hazia; y le llamaban *hypocrita*, y le dezian, que el Diablo se le avia de llevar; y le daban en cara con que era simple, idiota, y que no era mas que vna bestia. Y alguna vez llegaron estos o porrios à tratarle con no à bestias; no solamente con palabras, sino con obras; dexandole entre las bestias atado à un peñebre. Pero por todas estas cosas passaba el verdadero pa-

Kk

26. cien.

Cetina. *Ma-*
da de S. Die-
go. Lib. I.
Discurso
26.

cienté, sin turbacion; tan sin indignarse, ni mostrar enojo, como sino fuera hombre; que parece que la virtud así le tenía endiosado, que vivía en carne, sin carnales afectos. Mostrabase tan superior de sus pasiones, que no solamente no se rendía à ellas: sino que sin responder vna palabra, ni dar muestras de sentimiento, las toleraba, y sufría à imitacion de aquel Santo Rey, que dixo de sí en vn Psalmo: *Los que me procuraban, y deseaban males, no cessaban de dezir vanidades contra mí, y meditar mil engaños, en que enlazarme: pero yo no los oía, mas que si estuviera sordo; ni les respondía, mas que si estuviera mudo. Hizeme, como hombre que no oía, y como sino tuviera que responder à los cargos, que me hazian. Solo en Dios tenía puesta mi esperanza, que me avia de defender; y de que se avia de inclinar à mis ruegos, y volver por mi honra, tomando à su cargo la defensa de mi inocencia.* Hasta aqui Cetina.

A esto mismo (porque no se declara bastantemente) parece que alude Roxo en su Historia, quando hablando de la invicta paciencia del Siervo de Dios dize: Esta virtud le acompañò desde el principio hasta el fin de su vida; sin que en toda ella alguno jamás le viesse turbado el semblante, ni desentonada la voz: sino siempre igual; y sufrido siempre; aun quando el tropiezo de las persecuciones bastaran à sacar de su passo à otro, que viviera menos prevenido: siendo por sí mas dignos de sentimiento estos golpes, quanto el Santo daba menos ocasion con sus procederés. Tolerò el Santo alguna vez emulacion en los iguales: tolerò reprehensiones de los Superiores; que siendo sin culpa, solo servian de aumentar piedras à su Corona. Ni ay que estrañar, que tuviesse su paciencia ocasiones, en que se lograsse

Roxo. H. l.
de S. Diego,
lib. 2. c. 17.

su exercicio; por ser pensión, que sigue à la mayor virtud de ordinario: y basta saber que desèdescollar en lo perfecto, para entender, no le faltaria, en que exercitar lo sufrido. Hasta aqui Roxo.

De las palabras de vno, y otro Autor; y de la cautela, que en ellas observan, encubriendo, ò dexando en silencio el lugar, y tiempo, en que sucedió la persecucion, y las personas, que la executaron; se puede levantar la sospecha, de que padeció el exercicio dentro de la Orden: porque sino fue así; à que fin, callar las circunstancias de tiempo, y lugar, personas; cuya noticia contribuía à la mayor claridad, y credito del suceso; mayormente quando no se lee otra cosa mas frequente en Historias Ecclesiasticas, que perseguir el mundano al justo, y el pecador al Santo! Y aunque yo no estrañaria, que la Providencia Divina, para llevar à la execucion sus intentos en gloria de su Siervo, se valiesse de sus permisiones, dando lugar, à que, con errados dictámenes, los mismos Hermanos Religiosos, que en su Casa de la Orden le amaban, le persiguiesen: con todo esto, no encuentro en el contexto de la Vida de el Siervo de Dios, alguno de aquellos razonables motivos, que pudieran persuadir à que le exercitasen los Religiosos en el modo casi inhumano, que dize Cetina; por odio de malevolencia, ò por otra siniestra passion. Antes al contrario: si hemòs de formar el juyzio, por lo que se colige de la serie de su Historia, mas le exercitaron con la estimacion, que con el desprecio; pues à vista de los patentes, y grandes milagros que comenzò à obrar casi desde su Profesion, los Prelados hizieron tan alto concepto de su virtud, y espíritu, que le fieron la Conversion de los Infeles; instituyendole Guardian en las Cámaras: à cuyo empleo, aviendo correspondido el Santo con los prodigiosos

efectos

efectos, que dexo referidos: se siguió la continuacion de sus estimaciones, nunca interrumpidas, entre los mismos Religiosos hasta su dichosa muerte.

Por esta razon me inclino mucho al juyzio de que el exercicio de la paciencia del Siervo de Dios, que estos Autores refieren; no fue persecucion seria de la malevolencia, ò envidia: sino prueba prudencial, y virtuosa de la cautela; para que radicada mas el Santo en el desprecio de sí mismo, por aquella tan grande humillacion de verse tratado como bestia, atado entre ellas al pesebre: descollasse su virtud bien asegurada de los furiosos vientos de la vanidad, à que la tenían expuesta sus grandes aclamaciones. Pruebas de esta calidad en Sujetos de heroyea virtud, han sido siempre muy loables; como practicadas por los antiguos Monges: à cuyo exemplar en los principios de nuestra Observancia mayormente en el año de la Probacion, ò Noviciado se frequentaban mucho; segun consta en mil exemplos de nuestras Chronicas antiguas. No ira, pues, muy desviado de la razon el discursò, de que se practicasse con S. Diego, lo que en aquel siglo de oro era casi comun estylo entre los mas fervorosos Siervos de Dios: y por este medio quedaràn purgados de la nota de malevos, ò perseguidores del Santo los Religiosos; las noticias de la Historia con mejor consecuencia, y en nada menoscabada, la excelente paciencia del Santo en aquel tan grande acto de humillacion; pues ignorando el el motivo de ella, siempre su tolerancia se queda heroyca.

No la manifestó menor en sus enfermedades; que aunque su complexion era robusta, padeció muchas, y gravísimas; à causa de sus atrozes penitencias, y asperísimo tenor de vida, en cuyo rigor no blandè jamás. En sus enfermedades, pues, à fuerza de la paciencia descubria en su animo vn gene-

Parte VI.

ro de impassibilidad, que parecia arria, ò prenda de la que despues avia de gozar en la Gloria. Sujetabase à las disposiciones del Medico, y del Enfermero, con blandísima docilidad, y resignado silencio; recibiendo todas las medicinas que le ordenaban; aun quando sabia, que solo le avian de ser de molestia. Demàs de esto, teniale su humildad tan encogido, y tan sacrificado à la paciencia; que juzgandose embarazoso, por invtil, aun quando mas necesitado; no atinaba à abrir la boca, para pedir su remedio: y así sufría en perpetua resignacion su necesidad: hasta que espontaneamente se la socorrian.

Pero donde mas campeò esta primorosa paciencia, fue en la vltima enfermedad; por cuyo medio acabò el Señor de acrisolar el oro de sus virtudes. Sucedió, pues, que cediendo ya las fuerças de la naturaleza al rigor de las penitencias; al peso de los años; y mas principalmente, à los vehemens impulsos, y arrebatos del espíritu: se rindió el Varon de Dios (ya Varon de dolores tambien) à vn accidente gravísimò, y en igual grado penoso. Porque alterados, y commovidos los humores, cargaron en tanta copia al brazo izquierdo, junto à la muñeca; que se le apostemaron todo, con dolores acerbísimos, y no sin indicantes funestos, que dexaban escasso, ò ningun resquicio à la esperanza de su vida. Como el Santo estaba tan entrañado en los corrazones de todos, no hubo alguno, que oyese sin grave sentimiento, la noticia de este accidente; por donde todos à porfia sollicitaban el alivio del bendito Enfermo. Señaladamente se emfeneraron en esto el Medico, y Cirujanos; que vno, y otro se aplicaron à la curacion con quanto afectò cabia: si bien, con mas ansias, que esperanzas del buen efecto de sus diligencias. Mas aunque no firvieron estas, para la salud del Santo: firvieron para el aumento de su pa-

Kk 2

cien-

ciencia; y para que en él se manifestassen las obras de Dios: porque abierta la apostema à fuerza de los madurativos, mandò de ella, no podrè de materia corrompida, como era lo natural; sino vn licor como balfamo, que con su buen olor, y color recreaba los sentidos, y se penetraba en espiritus de consolacion à los corazones. En la hiel del Glorioso S. Francisco de Sales, dize su Historia, que se hallaron trecientas piedrecitas de varios colores: con que quiso significar la Providencia Divina, que la dulzura de aquel espíritu, à fuerza del fuego de su caridad, avia convertido en piedras preciosas de virtudes, la amarga hiel del *fomes* de la culpa, y demás pasiones. A este modo tambien, quiso la Providencia de Dios; que de la apostema de este humildísimo Siervo suyo, no manasse podre, sino balfamo: para que supiésemos, que à quien estaba tan penetrado en cuerpo, y alma del buen olor de Christo, no le tocaba ya en nada la corrupcion de la naturaleza.

No por esto tuvo el menor alivio el Santo; porque como aquel humor evacuado no fue materia, mas que para la admiracion, y alabanzas de Dios: no se le templaron los dolores al bendito paciente: antes iban tomando mas cuerpo cada dia; y à esse passo crecia tambien el exercicio de su paciencia: mostrandose con ella tan insensible, que para las expresiones del sentimiento, no parecia él, sino su estatua. Esta, al parecer, insensibilidad era efecto de su continua meditacion en los dolores de su Amor Crucificado; porque al considerar vivamente, que en aquel abyssimo de penas que rodeò en su Cruz al Redemptor de las almas, no permitió el menor desahogo à su paciencia: anhelaba S. Diego, como fiel amante, à la imitacion de su Amado, negando aun el escaso alivio de los suspiros à los dolores.

La vehemencia de estos, alfin, y la malignidad de la calentura, que se le encendió desde el principio de la apostema: le pusieron despues de muchos dias de padecer, en los vitimos vales de la vida. Reconociendolo el Santo, cantaba como Candido Cifre dulces endechas de amor à su muerte; porque por las puertas de ella iba ya su esperanza percibiendo ciertos vislumbres de la gloria, que en bendiciones de dulzura le tenia prevenida la soberana Bondad. En apoyo de esto sucedió, que yendole à curar el Cirujano en presencia de los mas Religiosos (que como le amaban tanto no sabian apartarse de él) de repente se arrebatò su espíritu en vn rapto tan profundo, que todos le tuvieron por muerto. En esta persuasion dieron al dolor todas las riendas; porque ni el pulso, ni la respiracion, ni el color, ni el calor del cuerpo, daban señas de vida. Però despues de vn grande rato, quando mas sumergidos estaban en lo profundo de su pena, les bolvió de repente la alegría; porque desprendido el Santo del intimo abrazo, que le arrebatò al Amado, bolvió à sus sentidos diziendo: *O quales flores habet paradysus! O quales flores tiene el Parayso.* Estas palabras repitió à vehemencias del espíritu, tres, ò quatro vezes; como el Musico, que se deleyta en las clausulas, que repite.

Las influencias soberanas que en este altísimo rapto se le comunicaron, son inexplicables; porque, à la verdad, fue vno como Preludio de la gloria, que le esperabas; que como el amor es impaciente, parece à nuestro modo de entender, no podia ya el corazon de la Bondad Divina sufrir la dilacion de la Gloria de su Fiel Siervo: y quiso adelantarle ciertas prendas de ella, para que así viviese consolado, y singularmente constituido en la es-

pe-

peranza de su eterno gozo, el tiempo que viviese. Mas aviendo venido de lo alto con la noticia de que instaba ya el tiempo de la resolucion de su vida, pidió, y recibió los Santos Sacramentos con altísimos efectos en su alma, y no sin grande edificacion de los Religiosos. Y para que hasta en el último instante de su vida diessè buen olor el nardo de su humildad; quando viò congregados à los Religiosos al redor de su pobre tarima, comenzó à derramar muchas lagrimas, persuadido à que con la tibieza de sus procederes, antes que de edificacion, les avia servido de escandalo. En este concepto, y con las veras que sabe expresar vna humildad no fingida, les pedia instantemente perdon, y oraciones; y perdon, para los malos exemplos; y oraciones, para que el Señor le librase de las penas que en el Purgatorio merecia por ellos. Confundidos los Religiosos à vista de tan profunda humildad, le dezian: No hermano Fray Diego, no hermano, no necesitas tu de nuestras oraciones: Nosotros si que necesitamos de las tuyas; y así, acuerdate de las miserias que padecemos, desterrados en este valle de lagrimas, quando te veas en el Reyno de Dios. Affligose con esto extremadamente el humildísimo moribundo, viendo que los Frayles no sentian de él tan baxamente, como su humildad le dictaba: y así bolvió à repetir con fervorósissimas instancias, creyessen que era pecador, para que estando en esse concepto, no dexassen de implorar sobre su alma, la Divina misericordia. Finalmente, para aplacar, y consolar al Santo; y para que su humildad quedasse siempre vencedora; huvieron de rendirse à dezir, que le perdonaban: y que además de las oraciones, le aplicarian el caudal de los propios merecimientos, para descargo, y satisfaccion de sus culpas.

Parte VI.

Consolado con esta oferta, se quedó descansando con su Amado, recogido al centro del alma; y los Religiosos, por no despertarle de tan dulce sueño, hasta que él quisiesse, se retiraron.

Dentro, empero; de breve rato estando ya cierto de que avia llegado la hora fixa de su muerte; bañado el semblante de regozijo, como pre-nuncio evidente de la eterna dicha que le esperaba; pidió llamassen à la Comunidad con el Padre Guardian, que à la sazón lo era el V. y gravíssimo P. Peñalver: con quien, y à cuya vista sucedió, lo que yo relucivo dezir aora con sus mismas palabras; por dos razones. Una es, que para Historiar el devoto lance, en que citamos, del transito del Siervo de Dios, me han parecido las palabras de tan exemplar Varon, y Santo Prelado, mas à propósito que las de mi pluma. Otra es, que para gloria del Siervo de Dios, sobre las mas notables palabras del Santo Prelado, intento hazer vnas breves Glossas, ò reflexiones, que servirán tambien de epilogo, ò resumen brevíssimo de las virtudes de N. S. Diego. Las palabras, pues, del V. Peñalver, son las que se siguen. Al punto, que quiso espirar este Bienaventurado Siervo de Dios, siendo yo Guardian, mandò llamarme, y à los Padres todos de Casa, y todos venimos à donde estaba. Y como nos viò, pidiónos por amor de N. Señor Jesu Christo, que le quisiessemos dar vn Abito, y vna Cuerda, y vnos paños menores, en que muriesse. Lo qual hizo él por humildad (según à mí me pareció) y por zelo de la pobreza, y por parecerse à N. P. S. Francisco: porque al tiempo, que pidió el Abito, tenia vestido otro. Y yo, y los otros Padres le otorgamos lo que pedia, y mandamos darle el Abito. Entonces el

KK 3 Siervo

Siervo de Dios N. Señor con muchas lagrimas, pidió perdon à todos los Frayles, que allí estaban: y alzò los brazos, así el enfermo, como el sano; de manera, que parecia no tener mal alguno. Y bolvióse ázia donde los Frayles estaban, y tomó vna Cruz de palo que tenia à la ca- bezera; y teniendola entre sus ma- nos la besò con la boca, y con los ojos; y con grandísimo fervor de devoción dixo: *Dulce lignum, dulces clavos dulcia ferens pondera, que sola fuisti digna sustinere Regem Cælorum, & Dominum*: siendo el dicho S. Diego Frayle simple, y sin letras, y que Frayle alguno del Monasterio nunca le oyò dezir palabra semejante en latin. Y acabado de dezir estas pala- bras, diò su espíritu à Dios N. Se- ñor. Hasta aquí este Varon Venerable. Sobre cuyas palabras, doy prin- cipio à mis reflexiones.

Dize lo primero: *Al punto que qui- so espirar este Siervo de Dios, mandò llamarme.* Siendo S. Diego Siervo de Dios, como lo era, y Siervo fiel; no es gran- de maravilla que *quisiesse espirar*: por- que todos los Siervos fieles, por espi- rar aspiran, y suspiran, como el Apò- stol; anhelando por este medio, en- trar en el gozo de su Señor, ò defatar- se del cuerpo de esta muerte, para es- tar con Christo. Pero que S. Diego *es- pirasse, al punto que quiso*: es mucho de ponderar: porque parece aver dexado el Eterno Padre pendiente del arbitrio del Santo aquel tiempo, ò momento de la vida, y de la muerte, que pasó reservado en sola su potestad. Pudose- le fiar, empero, este secreto: porque tuvo gracia de tratar honoríficamente los secretos del Rey Divino. Entre las cosas, pues, inciertas, y ocultas de la Eterna Sabiduria, reveladas por el Padre Celestial à este parvulo fuyò vna fue, que ya avia llegado su vida à los terminos constituidos de su Provi-

dencia, de donde no era conveniente passar: y entonces *quiere morir* S. Die- go, quando sabe, que es conveniente morir, porque Dios quiere que en- tonces muera. Así murió quando quiso Dios: pero tambien, *al punto que él quiso.* Aguardaba saber la hora, en que còve- nia passar deste mundo al Padre: y ape- nas la supo, quando inclinando su vo- luntad, como pudiera la cabeza, hizo señas à la muerte, para que llegasse. Para querer morir, esperaba S. Die- go la voluntad de Dios, y la muerte, para llegar; parece que esperaba el querer de S. Diego. Al fin, como qui- so espirar, espirò, como quiso. Dize, pues, bien su V. Prelado: que *San Diego al punto que quiso morir, mandò llama- mar.*

Añade: *Siendo yo Guardian.* No qui- so espirar S. Diego, sin esperar al Pre- lado. Quien en su vida no tuvo respi- racion que no fuesse obediencia; y en la muerte como avia de tener aliento, para espirar, sin manifestarse obediencia? Quiso morir; pero creò, que no quisiera, si le mandara el Guardian, que no muriesse. Sacrificò la vida al peligro de perderla entre los enemi- gos de la Fè, por obedecer à sus Pre- lados: y agora tambien, aun à las puer- tas, y à la vista de su eterna felicidad, sacrificara la muerte, abrazando por obediencia la vida: y Dios se la con- cediera mas allá de sus dias, para que à la vida, y à la muerte sobreviviera su obediencia. Por último, quiso S. Die- go morir con noticia, y en presencia de su Confessor, y Guardian, para protestar, que moria obediente hasta la muerte: y que encomendaba su es- piritu en las manos de quien, por su Guardian, y Confessor, era su Pa- dre.

Profigue el V. Prelado, y dize: *pidió... le quisiessemos dar vn Abito, en que muriesse.* Pedir Abito, en que morir; es de Religiosos: pedir Abito, en que vi-

vir, podrá ser de Cavalleros. Estos, vi- virán, como Cruzados: aquellos, co- mo Crucificados. Quien pide Abito, con que vivir, pone a vn lado la Cruz, para la honra: quien le pide para mo- rir, pone la Cruz sobre el ombro, pa- ra el quebranto. Abito, que se pide para vivir, será Religion solo en Abi- to: Abito, que se pide para morir, será acto, y Abito de Religion. Aquel será Abito, solo para ser: este, para ser, y obrar. Dos veces, pues, pidió S. Diego el Abito en la Orden: vna, al principio de la vida religiosa; y otra, al fin de ella: pero en vna, y otra, mirò como verda- dero sabio, al fin que debió mirar. En la primera, mirò à morir en vida, vi- viendo mortificado: en la segunda, mi- rò à vivir en muerte, acabando Religio- so. Pide el Abito en su muerte; y no dize, que le pide *para enterrarse fino, pa- ra morir.* Pedir Abito para enterrarse, es precisión de la necesidad, que pide la mortaja, para quando ya están cerra- dos los ojos, y los oídos, para ni ver, ni oír el defengaño, que ella predica. Pedir Abito, para morir, es primor del defengaño, que ama con ojos abiertos, y con todos sus sentidos el propio des- precio. Finalmente: pedir mortaja, pa- ra enterrarse, es lo que hazen todos: pedirla, *para morir*, hizolo San Die- go.

Lo qual él hizo (profigue el V. Pe- ñalver) *por zelo de la santa pobreza.* Zelò hasta la muerte la pobreza, y en lo que zelò, descubrió su espíritu. En el de- sierto antes de Religioso, mirò al dine- ro como cosa del Diablo: por esso en la Religion, ni aun mirarlo quiso. De aqui vino, que del dinero su mano su- po tan poco, como su corazón ni tuvo codicia en su vida, ni possession de otros reñores, que los de la santa po- breza. Por esso, pide vn saco en su muerte, para llevarlos en él al Cielo. Y *para parecerse à N. P. S. Francisco,* añade el Santo Prelado, en el motivo de aver

pedido S. Diego el Abito para morir. El Hijo de vn Padre, tan pobre que vi- vió en total defuadéz, y murió defuado; clarò está, que no se le pareciera, si al tiempo de morir no sollicitara, y manifestara su defuadéz. Fue la pobre- za en S. Diego vn traslado practico, y puntual à *la letra a, à la letra* de toda la Regla, y espíritu de N. Serafico Pa- triarca: como, pues, tan fiel traslado no avia de concordar, hasta el fin, y hasta en el fin, con el Original? El testi- monio, de que así concuerda, es el Abito que pide para mortaja. Defuado está de las cosas de la vida, quien para morir pide el Abito de limosna. En gran defuadéz vive, quien así muere.

Añade el V. Guardian: *Al tiempo que pidió el Abito, tenia vestido otro.* Te- niale vestido, citando enfermo de muerte. Para passar la enfermedad, no quiso que le aliviase del Abito la con- veniencia propia: mas para passar la muerte, quiso que se le desnudasse la santa pobreza. Anduvo vestido toda su vida con la mortificación de Jesu Chris- to en su cuerpo; y perseverando hasta el fin con esse vestido; ni aun en la en- fermedad mortal quiere desnudarse el Abito. Solicita, empero, otros para dar ocasion, à que se desnuden; y à que le desnuden del que tiene. O por mejor dezir: pidió vn Abito, teniendo otros; para dar à entender, que ninguno te- nia. O diremos, al fin, que como verda- dero pobre en su vida; y pidiendo en su muerte vn Abito, quando tiene otros: exercitò los dos Abitos adquiridos de su pobreza: Abito de pedir, y Abito de no tener.

Profigue el V. Prelado, y dize: *Le otorgamos lo que pedía, y mandamos darle el Abito.* Tomòle su humildad; y pudo ser protesta de que moria Novicio de su profesion. Tan humildemente como todo esso sintió siempre de sí. Guar- dò la Regla, que profesò, con tan fin-

gular exacción à la letra, que no faltó à sus leyes, ni aun en vna jora: con todo esso, quando así acaba, dize por humildad: *Aora empiezo, y tomo el Abito.* Mas noviciado, à quien dà principio la humildad en muerte; como puede menos de acabar en gloria? Si; que así acaba, quien así empieza al tiempo que muere: porque juntando el principio de la vida Religiosa, con el fin, y consumacion de ella, forma vn hermoso círculo, que en las sienas de la humildad, sirve de perpetua corona.

Entonces (vã diziendo el santo Peñalver) *con muchas lagrimas el Siervo de Dios, pidió perdon à los Frayles.* Pide San Diego perdon; y pidele entonces, quando por la humillacion de tan altas expresiones de su baxeza, acaba de cumplir toda justicia. Mas entonces se reputan por Siervos Inviles; los mas Fieles Siervos, quando en obsequio del Señor acaban de cumplir todas las cosas. Hasta el mismo Señor de las virtudes, entonces se condena à la penitencia; y al ayuno del desierto con apariencias de pecador, quando el mismo Dios le manifiesta Hijo suyo, y acaba de cumplir toda justicia en el Jordan, por la humillacion del Bautismo. Entonces, pues, San Diego pide perdon tambien; y acompañale con lagrimas, y con *muchas lagrimas.* No podian menos de ser muchas, trayendo su nacimiento los arroyos de ellas del valle de la humildad. Con menos pudiera la verdad escribir el testimonio de que las palabras de aquel perdon que pedia, no se formaban en la costumbre de los labios, para la ceremonia: sino en el sentimiento del corazon, para la realidad. Las lagrimas de S. Diego, por su valor mas que por su forma, en todas ocasiones fueron perlas: y, sin hyperbole, perlas finas: yà las derrame el amor en el abrazo, y contemplacion de la Divinidad; yà la

compasion en la meditacion de la Passion, y Muerte de Christo; yà la misericordia en el alivio, y consolacion de los pobres: yà la humildad en el perdon, que pide à sus Frayles. No foy empero Lapidario, para saber en qual de estas ocasiones las lagrimas de San Diego, fueron perlas mas preciosas.

Profigue el Santo Prelado, y dize: *T alzò los brazos; así el enfermo, como el sano; y tomó vna Cruz, que tenía à la cabecera.* Al impulso del amor, ni la muerte es mal. Ni ay embarazo de naturaleza, que pueda detener el brazo; à quien con vehemencia desea alcanzar la Cruz. Para alcanzarla S. Diego poco antes de morir, hallabafé al mismo tiempo impelido, y impedido: impelido, de su mal; impelido, de su amor. Aquel impedimento, veniale de la herida; con que tenia sellado el brazo: este impulso, naciale de la herida, cõ que tenia sellado el corazon. La herida de su mal, desmayabale el brazo à deliquios de la naturaleza. La herida de su amor, encendiale el corazon à bolcanes de la caridad. El brazo sellado; el corazon herido: el amor empero, como para vencer impossibles es mas fuerte que la muerte, rompió del corazon en impulsos de fuego; y haciendo fuerza en el brazo, estendiòle à la Cruz, que pretendias y la alcanzò.

T teniendola entre sus brazos (añade el devoto Guardian) *la besò con la boca, y con los ojos.* Teniendola entre sus brazos. Pocas vezes se suelta en la muerte, lo que se tuvo con amor en la vida. Para tenerlo, y retenerlo, aunque à la naturaleza falten fuerzas, se le aumentan à la costumbre. Tuvo la S. Diego mientras vivió, de traer en las manos la Cruz: y salióse con tenerla entre sus brazos, al tiempo de morir. Tuvo la, y abrazòla: que no es lo mismo tenerla; que abrazarla. Quien la tiene, la padece:

pe-

però no siempre, quien la padece, la abraza. Por cito, entre tantos como tienen, y padecen Cruz en el mundo, los que la abrazan, son pocos: los que la abrazan, y besan poquissimos: los que la besan con la boca, y con los ojos, como S. Diego; casi ninguno. Abrazòla, pues, el Santo, y besòla; y besòla con la boca, y con los ojos. Con el osculo de la boca protestò el amor; con el de los ojos, la adoracion. El beso de los ojos assegurò la verdad del de la boca; que nõ era de paz fingida; ni estaba el corazon lexos de la Cruz, quando así la honraban los labios, y los ojos. Por ultimo este beso amoroso, y mysterioso, sin ser de trayción, fue de entrega, y de prendimiento: porque S. Diego abrazando, y besando la Cruz, entregòla el corazon; y ella se le prendió.

Y con grandísimo fervor de devoción (vã continuando la narracion del V. Peñalver) *dixo S. Diego estas palabras: Dulce lignum, dulces clavos, &c.* Tomolas del hymno Sagrado de la Cruz; y bueltas à nuestro vulgar fueran así: *O Cruz Santissima, dulce leño, que llevas los dulces clavos, y el peso dulce; que en sola fuisse digna, de tener pendiente de tí al Rey, y Señor de los Cielos.* Al tiempo de morir, entonar hymnos de tan duplicadas dulzuras en elogio de la Cruz; quien lo pudiera hazer sino el Cifre de su amor? Dixo, pues, S. Diego estas palabras; y dixolas con grandísimo fervor de devoción: porque sin él, estando yã para dàr el ultimo aliento; como las pudiera dezir? Alentaba la gracia à la naturaleza; y el amor arrebata à la muerte. Con clamor valiente habló Christo en la Cruz, como dize su Apostol: dando à entender, que la Divinidad, si diò licencia à la muerte, para que quitasse la vida à aquel Cuerpo; no se la diò para que al tiempo de morir, quitasse la voz al espíritu, ni el espíritu à la voz; y que

moría como Señor de la vida, y de la muerte, quien tã valientemente inoria. Lo que hizo en Christo, al morir en la Cruz, la virtud de la Divinidad: haze en S. Diego, al morir con la Cruz, la divinidad de su virtud; esto es; el fervor de la gracia: siendo aquí participacion, lo que allí naturaleza. De aquella virtud le vino este aliento. De aquel espíritu, este espíritu; de aquel inmenso fuego; este grandísimo fervor.

Añade el piadoso Prelado: *Sienda el dicho S. Diego Frayle simple, y sin letras, y que Frayle ninguno del Monasterio, le oyò dezir palabra semejante en latin.* Los que tienen mucha letra, no suelen ser muy simples; pero ni muy devotos. No así S. Diego, que fue devoto, y fue simple: si bien, no simple de simplicidad: sino simple de simplicidad. No tuvo letras, porque no fue letrado: pero entendió, y habló las Divinas, porque fue sencillo. Entrò en las potencias de Dios, hablando glorias de la Cruz en latin al tiempo de su muerte; porque no conoció en su vida la literatura del mundo, ni las lenguas de Babilonia. Entre los Doctores, fue Doctor; y con todo esso hasta el punto de su muerte, no se le oyò, ni entendió el habla de Docto. Sabia que el Espíritu Divino detesta la boca de dos lenguas: porque en ellas habla la duplicidad: y no quiso vlar en su vida mas que de vna, que fue la vulgar, y la propia, no de su simplicidad, sino de su sencillez. A consecuencia de esto, no usò sin necesidad de la lengua que supo; porque supò ser sabio: y quien lo es, nõ peca de hablador. Habló, empero la lengua latina; quando huvo de morir; porque el espíritu, que en él hablaba, tuvo por conveniente, que supiesen todos, lo que avia callado, y lo que sabia.

Concluye el devoto Peñalver. *T acabado de dezir estas palabras, diò su espíritu.*